



'Célula tronco'. Fotos de Ángel Martínez Barseló. Espacio Arte; Colegio Oficial de Médicos. Hasta el 30 de octubre. LEONARDO PÉREZ OBIS

CRÍTICA / ALEJANDRO RATIA

Microcosmos fotográfico

En 'La furia de las imágenes', Joan Fontcuberta daba cuenta de la proliferación patética de las fotografías, pero también de lo redundante de muchas de ellas. Puestas de sol indistinguibles, la misma toma de la torre Eiffel multiplicada, etcétera. Un trabajo de Albert Gusi censaba los disparos de las cámaras o móviles de los excursionistas en Ordesa, llegados a la Cola de Caballo, para capturar una imagen que, en realidad, ya conocían. Frente a este exceso inútil, uno de los remedios es la 'veda', es decir, abstenernos de producir más fotografías, y trabajar con las existentes. Otra salida es la reconducción de la mirada, obviando una improbable originalidad e insistiendo en la redundancia, de modo que nos terminemos fijando, no tanto en lo inédito, sino en los matices de lo recurrente, de lo que parece idéntico o intercambiable. Esto requiera un cambio de tiempo, un cocinado lento de la realidad, ajeno a la furia mediática.

La nueva serie de fotografías de Ángel Martínez tiene ese sentido. El objeto de las mismas es un único montón de madera, procedente de un tronco cortado en secciones transversales. Algo que puede pasar desapercibido, pero que puede también convertirse en un microuniverso. El detalle de los cortes ofrece un juego de constantes y de variaciones. Los anillos reflejan el curso monótono de las estaciones, y se mantienen como esquema estructural, pero nunca son iguales. A ello se suman los accidentes, los nudos, la acción de agentes externos. De algún modo, se fotografían así unas huellas que son, a su vez, semejantes a fotografías, un testimonio del paso del tiempo. Este trabajo de Ángel Martínez cobra sentido al presentarse en conjunto. La monotonía pasa a ser riqueza de matices si nos detenemos a mirar. Las formas arbitrarias pueden recordarnos objetos o figuras, estimulando la fantasía, tal como indicaba Leonardo, al invitar a los pintores a que se detuvieran ante las manchas de las paredes para aprender de ellas. Y en cierto modo, la exposición se puede entender como una terapia para la mirada. Frente a la celeridad, se plantea la demora; frente a la variedad, la exhaustividad. Su estética tiene algo de fotografía científica, pero no pretende diagnóstico alguno, y eso nos traslada a un territorio poético. Estas imágenes, además, se presentan de dos modos, en color o en blanco y negro. El color parece mineralizar la madera, pero le da también una segunda vida metafórica; el blanco y negro enfatiza los aspectos estructurales, y conduce a una abstracción austera.



PROYECTOS UNA NUEVA MUESTRA DE LA DEVOCIÓN DE DAVID LATORRE POR LAS RUINAS

Los escombros del silencio



El montaje de David Latorre. El arte de la instalación y sus múltiples elementos. GALERÍA ANTONIA PUYÓ

FOTOS E INSTALACIONES

Arquitectura, cuerpo e indumentaria

'Catarsis, ritual de unción y embalsamamiento'. David Latorre. Galería Antonia Puyó. Hasta el 31 de octubre.

En la pintura religiosa del primer Renacimiento, las ruinas tuvieron una función simbólica concreta. Un templo pagano desmoronado aludía a una cultura en decadencia, a la que venía a sustituir el Cristianismo. Pero estos cascotes terminaron por independizarse. Un arco roto, unas columnas derrumbadas, unos muros conquistados por la vegetación, y entre los que ramonean unas cabras. Tales escenas lucían en salones impecables, por los que se pasaba el plumero a diario.

Desde mediados del XVIII, la pasión gótica llega al extremo de que algunos aristócratas se hacen construir ruinas falsas, como la famosa 'Jealous Wall', encargo de un paranoico conde irlandés. Al sentido moralizante, se sumó el elegiaco. «Esos escombros silenciosos, más elocuentes que las palabras», dice un verso del romántico Thomas Love Peacock.

Nuestras ruinas más próximas o cotidianas tienen que ver con la higiene urbanística y la especulación. Al crecer las ciudades, sucede que fábricas, cuarteles o cárceles, pasan de estar en el extrarradio a ser vecinos molestos y

obsoletos. Estos edificios pasan por un estado de desidia y marginalidad, antes de ser derruidos, y suelen ser objeto de polémica en cuanto a sus usos futuros. Desde hace algún tiempo, tales ruinas en curso son el asunto del artista oscene David Latorre. Un asunto compartido, por cierto, con algunos otros creadores contemporáneos, y pienso, por ejemplo, en Patricia Gómez y María Jesús González, y sus arqueologías de urgencia.

David Latorre realiza actuaciones in extremis, previas al derribo. Él mismo alude al «embalsamamiento». Esta práctica solo le sirve a la memoria de quienes velan el cadáver, antes de su entierro o cremación. Es por ello que la fotografía aparece como el medio indicado para preservar estos recuerdos fúnebres. La demolición funciona como una 'performance' que, como tantas otras, queda documentada en instantáneas irrepetibles. El que cuelguen estas imágenes, a posteriori, en la sala de exposiciones no deja de operar, en términos simbólicos, del mismo modo que los aludidos cuadros de tradición elegiaca o neogótica, testimonios de lo precedido de la condición huma-

na. David Latorre equipara ahora arquitectura y vestimenta, el espacio habitable al cuerpo. Las ruinas son imagen de una vida en tránsito.

En su nueva individual, en Antonia Puyó, el complejo montaje refuerza esta lectura elegiaca, que combina moraleja e ironía. En sus últimas obras, se deja ver lo precario de los mecanismos de exhibición del arte. Vemos asomar las trampas. En la instalación titulada 'Tierra adentro', unas cinchas parecen mantener como pueden el suelo, tensándose desde una pared que ya empieza a resquebrajarse a causa de ello. Allí cuelga, enmarcada, una de esas estupendas fotografías a las que nos tiene acostumbrados David Latorre, y que muestra un interior en ruinas, ocupado por sus propios escombros. Bajo la fotografía vemos también un montón cónico de tierra, que invita a pensar en los relojes de arena. La naturaleza misma (devoradora de lo humano) ha sido trasladada a la sala de exposiciones, invitando a pensar que nos hallamos en un ciclo. En la hoja de sala, Semíramis González, habla de una «cápsula del tiempo donde lo que construido, destruido y reelaborado» serían simultáneos. Pero esta reelaboración es, a su vez, un producto humano destinado a la decadencia, una obra melancólica y consciente de serlo.

(Nota: David Latorre es uno de los cinco artistas con los que Antonia Puyó participa estos días en la feria Estampa de Madrid. Del 18 al 21 de octubre).

ALEJANDRO RATIA

David Latorre es uno de los cinco artistas que Antonia Puyó lleva a Estampa